

Sí, regaladme un perro,  
un perro todavía joven  
que a pesar de su pronta ancianidad me  
sobreviva.

Yo, que ya empiezo a ser  
un anciano en edad.

Así habrá, bien seguro,  
quien me lllore en mi tumba.

¡Ay, perros fieles, cariñosos!  
cuántas lecciones dais en este mundo  
a estos gigantes que se llaman hombres  
que os rodean y menosprecian.  
Sois criaturas transparentes  
del Hacedor.

Dios nos mira a través de vuestros ojos grandes  
y os da una cola para que sepamos, cierto,  
cuando El está contento con nosotros.

¡Pero qué suerte  
tener hijos e hijas,  
y hermanos y amigas y amigos  
que son leales igualmente;  
que son mano tendida  
por donde Dios acoge. Y se da.

Venid perros amigos.  
Venid amigos más que perros,  
venid amigos ángeles,  
que me muero y estoy muy solitario.

Una lágrima vuestra  
-¡una tan sólo!-  
repleta de ternura  
es signo verdadero, e infalible  
de una amorosa eternidad  
que nos espera.

*Alfredo Rubio de Castarlenas*